

Teología

Fernando Velásquez S.J.*

LA RENOVACION NEUMATOLOGICA DE LA IGLESIA

1. IMPORTANCIA DE UNA TEOLOGIA EN EL ESPIRITU SANTO

No se ha hecho hasta ahora una síntesis teológica que parta del Espíritu Santo. Sin embargo, grandes teólogos insisten en la necesidad de una sólida teología pneumatológica. Esa necesidad es triple: doctrinal, ecuménica y pastoral.

Necesidad doctrinal. La Escolástica presentó la síntesis que podríamos llamar patrogenética o mejor fontal. El Padre como origen del Hijo y del Espíritu Santo es también el origen de toda la obra salvífica, en unión con el Hijo y con el Espíritu, en una obra común, bastante indeferenciada. Todo viene del Padre (a Patre); a fines del siglo pasado y principios de este, podríamos decir que hasta el Vaticano II, el esfuerzo teológico, dirigido por Karl Barth, se cñió bastante a una teología intracristocéntrica, circular. Cristo que como Hijo es el centro de la trinidad inmanente lo es también de la trinidad salvífica (per Filium). Por múltiples razo-

nes, la teología había descuidado el estudio de la tercera vertiente: la trinidad inmanente y la salvífica vistas en el Espíritu Santo (in Spiritu).

Para una mejor intelección del misterio del Dios unitrino y de su obra salvífica, hace falta procurar esta síntesis que complete las otras dos y nos de la visión de Dios como Espíritu, y de su obra salvífica toda llena del Espíritu de Santidad, ya que el Espíritu es quien hace que la generación del Hijo sea en el Amor y que la obra salvífica trascienda todos los conceptos juristas y extrínsecos de mérito, satisfacción, etc, verdaderos, pero incompleto por no llegar a lo más íntimo de la acción de Dios que es Amor en el Espíritu.

Varias causas podemos aducir para entender, pero no excusar, este silencio y vacío de la teología. Según Berkhof "una de las más profundas es la naturaleza del mismo Espíritu. . . 'el Espíritu os guiará a toda la verdad, porque no hablará por su

* Doctor en Teología, Woodstock College; Profesor de Cristología y Neumatología en la Facultad de Teología, Universidad Javeriana, Bogotá.

propia cuenta' (Jn 16,13). El Espíritu distrae constantemente nuestra atención de sí mismo, centrándola en Jesucristo" (1). Además para el Padre y el Hijo tenemos analogías humanas que nos permiten una más fácil representación; finalmente, las herejías trinitarias de los primeros siglos versaron sobre la consubstancialidad del Hijo con el Padre (Nicea y Constantinopla I) y sobre la unión de las dos naturalezas en Cristo (Calcedonia); estas herejías impulsaron la teología patristica y luego la Escolástica, alejadas bastante del Espíritu.

Necesidad ecuménica. Con los estudios posconciliares, los teólogos de las tres confesiones cristianas: orientales, protestantes y católicos, están llegando a la conclusión de que la raíz última de divergencia entre las tres, no son cuestiones como el primado del Papa o los dogmas marianos, sino que todas éstas parten de un punto último y decisivo: la distinta concepción de la relación entre Cristo y el Espíritu (orientales y católicos) y entre el Espíritu y la Iglesia (protestantes y católicos), y que, por consiguiente, para una unión sincera y duradera, se requiere un replantamiento bíblico-teológico de estas relaciones.

Siguiendo a Tertuliano, Agustín y Pedro Lombardo, la teología occidental trinitaria no se estructuró, como la oriental, a partir de las personas divinas, sino de la naturaleza única de Dios que luego se concibe tripersonalizada, pero que realizan juntas y no suficientemente distinguidas la obra histórica de la salvación. "Así se llegó a una metafísica teológica por una parte, y a una teología de la historia por otra, lo cual ha perjudicado tanto a la doctrina sobre la Iglesia, como a la

doctrina sobre el Espíritu Santo. La Iglesia ya no se considera de manera neumática y carismática, sino desde la doctrina de la encarnación, en forma demasiado terrena. . . La doctrina del Espíritu Santo quedó desplazada; en parte llevó una vida en el ámbito de la vida devota y en parte fué absorbida en la especulación general sobre la Trinidad" (2).

La teología oriental, en cambio, parte no de la naturaleza de Dios, sino del Padre, quien se compromete realmente con la humanidad al darnos a su Hijo, en el Amor personalizado que es el Espíritu. Es teología personalista y por ende dinámica y existencial, y no esencialista y estática como la occidental. De ahí el interés de tantos teólogos católicos actuales por volver a esta concepción oriental, que es la más bíblica y que nos da toda la densidad de la vida divina en sí misma y en su obra salvífica (3).

En la doctrina occidental se dice que el Espíritu procede del Padre y del Hijo (filioque), en forma bastante estática; en la oriental, el Espíritu procede del Padre por el Hijo, según lo cual el amor revelado por el Padre a través de su Hijo, tiende en el Espíritu a ir más allá de sí mismo y es impulsado hacia afuera, hacia una revelación del Dios amor (4). El filioquismo exagerado de occidente ha llevado a un cristocentrismo o mejor cristomonismo unilateral que ha hecho considerar a la Iglesia como el "Christus prolongatus" (Bossuet), el "Cristo que pervive" (Möhler), con olvido de su carisma neumático, y con demasiado interés por enraizarse en el mundo, penetrar en él e incluso dominarlo, a través de su jerarquía y del primado, no siempre entendidos en función de servicio como nos lo presenta el Vaticano II (4).

(1) Hendrikus Berkhof, *La doctrina del Espíritu Santo*, (Aurora, Buenos Aires 1969) p 8.

(2) J. Ranzinger, *Einführung in das Christentum* (Munich 1968) p 267.

(3) Cf. W. Kasper, *Espíritu, Cristo, Iglesia* (Concilium, Nov. 1974) pp 32 ss.

(4) *Ibid*, p 36.

A su vez la teología oriental, sobre todo como la presenta Focio, (el Espíritu *a solo Padre*) desconecta al Espíritu Santo del Hijo en el mismo seno de la Trinidad y lleva a una mística desencarnada y ahistórica, a una liturgia que más que una actualización de la obra redentora de Cristo parece ser una actualización de la liturgia celeste. Los hermosos Cristos bizantinos no aparecen con todo el dinamismo del Cristo humillado y comprometido con nosotros; como veremos después, la doctrina sacramentaria de ambas Iglesias, que deben complementarse, son distintas, y esa distinción parte fundamentalmente de la distinta concepción de la relación Cristo y Espíritu.

Con respecto a las divergencias entre católicos y protestantes, podemos hallar la raíz última de discrepancia en la distinta forma de proponer la relación, no tanto entre Cristo y Espíritu, cuanto en la relación Espíritu e Iglesia. Los primeros protestantes con su doctrina del "solus Christus", para rechazar la mediación de la Iglesia, pasaron luego al "solus Deus" y el Hijo y el Espíritu fueron modos de la manifestación del sólo Dios. Era un renacer velado del modalismo y del monofisismo de los primeros siglos. Sin una verdadera mediación de Cristo y de su Iglesia, era lógico que la acción del Espíritu se presentara en forma individualista, prescindiendo de la comunidad cristiana; el Espíritu inspira a cada cristiano su modo de obrar y de interpretar las Escrituras. El protestante danés Regin Prenter propone esta separación entre el Espíritu y la Iglesia como lo más trágico para el protestantismo: "La realidad histórica de la Iglesia, como pueblo de Dios, parece haber casi desaparecido detrás de las reivindicaciones de la razón humana (racionalismo liberal) y de la experiencia religiosa bajo la

influencia de este espiritualismo protestante" (5). Sería un Espíritu sin Iglesia.

Pero, continúa el mismo autor, el catolicismo, como exageración de la doctrina católica, ha tendido a lo contrario, es decir, a separar Iglesia y Espíritu, poniendo en forma casi exclusiva en manos de la autoridad y el poder eclesiástico lo que es propio del Espíritu. Sería una tendencia a manipular el Espíritu por el exceso y mala interpretación del poder de la Iglesia. "Detrás de todas las otras convergencias entre catolicismo y el protestantismo, se yergue el problema, no resuelto aún, de la relación entre el Espíritu y la Iglesia" (6).

Si con respecto a las divergencias entre Roma y Constantinopla, la definitiva solución es "No hay Cristo sin Espíritu ni Espíritu sin Cristo", con respecto a la dolorosa separación entre Roma y Witenberg podemos decir que la solución se puede expresar con la frase "No hay Espíritu sin Iglesia, ni Iglesia sin Espíritu". Un verdadero camino de unión entre las tres confesiones cristianas sólo se logrará cuando se aclaren las relaciones entre Cristo, su Espíritu y la Iglesia, y se acepten con sinceridad las consecuencias de estas relaciones.

Necesidad pastoral. El P. Dagens presenta la necesidad de una sólida teología del Espíritu Santo en estos términos: "La exigencia de una renovación espiritual. . . el tema de la renovación espiritual propuesto para el año santo, el nacimiento de comunidades de base. . . el crecimiento rápido del movimiento carismático. . . las discusiones suscitadas por H. Küng que afirma la existencia de una estructura carismática permanente en la Iglesia. . . son los principales motivos para una fundamentación bíblica de todas estas expe-

(5) Regin Prenter, *Le Saint-Esprit et le renouveau de l'Eglise* (Delachaux, Neuchâtel, Suiza, 1949) p 6.

(6) *Ibid*, p 7.

riencias del Espíritu Santo, que más que en otras épocas, o mejor quizás como en toda época de cambios y de crisis hace sentir a la Iglesia su presencia y su fuerza" (7).

También para la cuestión tan debatida hoy sobre el carácter carismático de los ministerios eclesiásticos como carismas del Espíritu, y de la cual trató ampliamente el número 1 de 1975 de *Theologica Xaveriana*, se hace indispensable una consideración más de fondo sobre la relación Cristo-Espíritu-Iglesia.

Dada esta triple necesidad actual, quiero presentar a los lectores, en forma somera, las líneas principales, primero de una pneumatología actual y luego las de una posible síntesis de toda la teología vista en el Espíritu Santo.

2. LINEAS FUNDAMENTALES DE UNA PNEUMATOLOGIA BIBLICA

En el A.T. el Espíritu es la *ruah* de Yavé, es decir, la fuerza divina que actúa en la creación, en los profetas y que se promete en forma abundante para el Mesías y para el nuevo Israel.

La acción de la *ruah* de Yavé es múltiple, pero creo que la podemos reducir a una, que implica las demás y es la más característica y profunda: Yavé es el Dios que comunica su vida por su Espíritu o mejor en su Espíritu, que no aparece todavía como una persona divina. Esta acción de vida en el Espíritu, como participación de la misma vida divina, aparece explícita en algunos pasajes veterotestamentarios. En Gen 1,1 "el Espíritu de Dios aleteaba sobre las superficies de las aguas" para hacer brotar de ellas la vida en escala ascendente hasta llegar al hombre, imagen de Dios, obra suprema del sexto día. En el relato Yavista de Gen 2,

anterior al sacerdotal de Gen 1, en forma más primitiva y simbólica, aparece la acción del Espíritu de vida, que insuflado por Yavé al barro, lo convierte en "ser viviente" (Gen 2,7). En ambos relatos el Espíritu de Yavé actúa como el vivificador de la materia, creada por Dios, pero que requiere, en un segundo momento, la acción de su Espíritu, para darle sentido y vida a esa materia inerte.

No podemos detenernos en la acción del Espíritu en los profetas ("Qui locutus est per prophetas"), pero sí podemos anotar brevemente que ellos, invadidos por la acción de la *ruah* de Yavé, quedaban cambiados y vivificados por ella, transformados de hombres tímidos y débiles en hombres del Espíritu, que con una nueva vida en su interior, anunciaban la muerte para los impíos y la nueva vida para los seguidores de Yavé. Más que instruir sobre cosas nuevas, ya dichas en la Alianza, los profetas reanimaban y vivificaban al pueblo en sus desgracias. La brasa que purificó los labios de Isaías y lo impulsó valientemente a su misión (Is 6,6), el "fuego devorador prendió en mis huesos" que vence al tímido Jeremías y lo hace aceptar su misión de vida o de muerte, son símbolos del Espíritu irresistible de Yavé.

Palabra (dabar) y espíritu (*ruah*) de Yavé están íntimamente unidos en la teología del A.T. Según la forma antropológica de hablar de Dios (tal vez se pueda decir la forma teomorfa de hablar del hombre), la palabra de Yavé era poderosa porque al pronunciarla iba llena de aliento, de su *ruah*, como sucede en grado infinitamente menor en el hombre, cuya palabra, para ser activa y veraz, debe arrastrar consigo el espíritu humano. Son preanuncios trinitarios, que el N.T. completará: El Logos del Padre es dado en el Espíritu para poder dar la vida: "El Espíritu es el que da la vida; la carne no sirve para

(7) Claude Dagens, *L'Esprit Saint et l'Eglise*, (N.R.Th. 1974) p 225.

ñada. Las palabras que os he dicho son espíritu y vida" (Jn 6,63). Estas palabras del Cristo Joánico integran la palabra con el espíritu y con la vida, que como esbozado anteriormente era un tema aún no explícito ni personalizado en el A.T.

Entrando más de lleno en el N.T., notamos en él dos series de afirmaciones con respecto al Espíritu. En la primera, más propia de los Sinópticos, aparece el Espíritu con cierta prioridad y predominio sobre el Jesús histórico, del cual se ocupan principalmente los tres primeros Evangelios. Esto aparece ya desde la concepción de Cristo: "El Espíritu Santo vendrá sobre tí y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso (notemos esta fórmula causal) el que nacerá de tí, será santo y será llamado Hijo de Dios" (Lc 1,35). La vida de Cristo como Santo e Hijo de Dios, es obra eminente del Espíritu Santo. El paso de Cristo de una vida oculta a una nueva vida apostólica, es obra del Espíritu que desciende sobre Cristo en forma de paloma como la que prenunció a Noé la nueva creación después del diluvio; Cristo es conducido luego al desierto, donde con su ayuda derrotó a Satanás que lo quiere conducir por una vía falsa de mesianismos terrenales; del desierto vuelve a Galilea "por la fuerza del Espíritu" (Lc 4,14), para comenzar allí su nueva vida; sus obras salvíficas las realiza Jesús movido "por el Espíritu de Dios" (Mt 12,28); se llenó de gozo en el Espíritu Santo por la revelación del misterio a los pequeños (Lc 10,21); al terminar su vida terrestre entregó su Espíritu al Padre (Lc 23,46; cf. Hb 9,14) es resucitado a su vida escatológica por la acción del Padre en el Espíritu (Rm 1,4; 8,11) y llega a ser El mismo "Espíritu vivificante" (1 Cor 15,45). En estos pasajes la cristología aparece casi como una función de la pneumatología. El Espíritu aparece como el poder recreador y vivificador del Padre que va desde el origen del Cosmos en el Génesis, hasta la resurrección del Jesús histórico para convertirlo en el Cris-

to resucitado donador del Espíritu. La *ruah* de Yavé es en los Sinópticos el Espíritu que animó a Cristo desde su concepción hasta su exaltación. Vida es aquí, nuevamente, el concepto más iluminador con respecto al Espíritu vivificante por excelencia.

Pero esta cristología pneumática de los Sinópticos tenía el peligro de presentar a Jesús como mero portador del Espíritu y de no resaltar su absoluta singularidad con respecto a los profetas. Surgió entonces la segunda serie de textos propios de Juan y Pablo que nos dan la otra perspectiva, y evitan todo subordinacionismo. El Espíritu es el Espíritu de Cristo (Rom 8,9; Fil 1,19), el Espíritu del Hijo (Gal 4,6) e incluso "el Señor del Espíritu" (2 Cor 3, 17) por el cual somos Cuerpo de Cristo (1 Cor 12,13).

El cuarto Evangelio, que es una anamnesis del Jesús histórico, visto a la luz de su glorificación, nos presenta a Jesús como el Señor del Espíritu, prometido como el Don futuro del resucitado, como una fuente de aguas vivas que brotan en vida eterna (Jn 3,5), del cual hay que nacer, pues "lo nacido de la carne es carne, lo nacido del Espíritu es espíritu" (Jn 3, 6), como "ríos de agua viva" que brotarán del Resucitado (Jn 7,37-39), como el consolador y continuador de la obra salvífica del Resucitado (cf. Jn 14,17.26; 15,26;16,7), como el agua salida del costado de Cristo muerto, por la cual nos da la vida, según la interpretación de muchos Padres antiguos y de modernos autores como Rahner, del misterioso pasaje de Jn 19,31-37. Pablo y Juan, a diferencia de los Sinópticos, y cada uno conforme a su temperamento propio, activo en Pablo, más contemplativo en Juan, nos presentan al Espíritu Santo como continuador y perfeccionador de la obra de Cristo: dar la vida divina, en dependencia del Cristo Resucitado, si se puede hablar de dependencia entre personas divinas.

En una visión más sintética de la pneumatología bíblica, desde los albores de la creación en el Génesis, hasta la visión sublime de Juan, podemos ver que la acción típica y específica del Espíritu es consumir, interiorizar y universalizar la acción vivificante de Yavé en el A.T., y la acción de Cristo en su Iglesia. Son dos momentos, dos aspectos de una misma realidad: la donación de la vida; el primer momento de aspecto más material, es obra de Yavé y de Cristo, el segundo más espiritual es la obra del Espíritu de Yavé y del Espíritu de Cristo.

Partiendo del principio rahneriano de la identidad entre la Trinidad inmanente y la salvífica, podemos afirmar que así como la generación eterna del Hijo por el Padre no sería una generación divina si no fuera en el Amor del Espíritu, ya que ni siquiera merece el nombre de generación de su verdadero hijo humano si ese hijo es fruto, no del amor, sino "ex voluntate carnis", de la misma manera, nuestra filiación divina adoptiva requiere necesariamente ser realizada en el Espíritu. Sin la donación del Espíritu por Cristo, su obra quedaría reducida a una continuación moralizante, ejemplarizante, de lo hecho por Moisés y los profetas, sin una verdadera transformación del individuo y de su Iglesia. Esta sería otra secta judía. El paso de la muerte de la sinagoga a la Iglesia es la obra comenzada por Cristo y consumada por el Don de Cristo como lo último e insuperable. No puede haber una Iglesia de Cristo sin el Espíritu vivificante, como nunca habrá una Iglesia del Espíritu que no dependa esencialmente del Jesús muerto y resucitado. Con la donación del Espíritu por Cristo, trascendemos todas las categorías juristas y moralizadoras de la salvación y la colocamos en lo más sublime del misterio salvífico: Ser hijos de Dios por la acción del Espíritu que nos hace exclamar Abba Padre (cf. Rom 8,15-16; Gal 4,5).

3. ESBOZO DE UNA TEOLOGIA EN EL ESPIRITU

Del rápido e incompleto análisis bíblico sobre el Espíritu, como consumidor de toda vida, podemos pasar a un intento de síntesis de toda la teología vista *desde* o *en* el Espíritu.

Las palabras enfáticas de la primera carta de Juan "Dios es amor" (4,8.16) propuestas en un contexto salvífico, no son una definición de Dios, que no puede ser *de-finido*, pero sí es lo que más se aproxima a la realidad de Dios. Ahora bien, si Dios es amor, no puede ser un amor egoísta como sería un amor unipersonal. Luego debe haber por lo menos dos personas en Dios. Pero el círculo del amor, para no ser un egoísmo "a deum" como dice Teilhard, egoísmo que es a veces peor que el unipersonal, debe cerrarse (teología latina) o proyectarse (teología oriental) en un tercero, en nuestro caso el Espíritu del Padre y del Hijo, o del Padre por el Hijo como lo expresan más dinámicamente los orientales. La primera analogía en excelencia que da Agustín de la Trinidad es la basada en el amor humano: "Ecce tria sunt: amans, et amatur et amor. Quid est ergo amor, nisi quaedam vita duo aliqua copulans?" Analogía preferida por la teología de los Victrinos y de Buenaventura, en lugar de la única enfatizada por Santo Tomás de los actos del espíritu, conocer y amar, talvez más completa y científica pero más intelectualista y seca.

El Padre engendra a su Hijo en el Amor y esa generación es Amor. De esta visión de la Trinidad en sí misma podemos partir para una teología salvífica, más unificada y coherente y aun diríamos más actual que la escolástica, ya que el pensamiento aristotélico no es el que prima hoy día. El pensamiento actual existencial y dinámico acerca más al pensa-

miento bíblico, que a las categorías del Estagirita, untadas de esencialismo, estatismo y dualismo.

Por eso en lugar de una serie de tratados inconexos y estáticos de los antiguos manuales de teología, hoy se habla de tres grandes unidades teológicas, ligadas entre sí, presentadas en forma dinámica y basadas esencialmente en la Revelación. Esas tres unidades son Dios unitrino, Cristo, y la Iglesia, a los cuales se incorporan lógicamente los otros antiguos tratados. Indiquemos cómo se pueden entender estas tres unidades vistas en el Espíritu.

Dios unitrino en el Espíritu Santo. El Espíritu es quien hace la unión eterna del amor generador del Padre con respecto a su Hijo; es el "osculum amoris", según la expresión de varios Padres de la Iglesia. Pero ese Dios unitrino, que es Dios por ser el amor infinito, se abre hacia afuera como Dios creador; ya en la creación el Espíritu hace lo mismo en forma análoga a lo que realiza eternamente en el seno de la Trinidad. Vista la creación en el Espíritu Santo, aparece ella no sólo el poder del Padre que obra por su Hijo, sino el amor creador de toda la Trinidad, que se compromete trípersonalmente y en forma distinta según la propiedad de cada persona divina, con todo el cosmos. El Espíritu Santo le da el último toque, el más inmediato y el más bello a la creación: "Vió Dios todo cuanto había hecho, y he aquí que estaba muy bien" (Gn 1,31).

Con la creación humanizada comienza la historia de la salvación; pero la historia humana en tanto es salvífica en cuanto se inserta en ella el Amor del Padre por el Hijo en el Espíritu; así pierde la historia humana su neutralidad y ambivalencia para el bien o para el mal, y se convierte en una historia del amor divino, a pesar de las muertes, guerras y calamidades, que son obra del hombre y no de Dios.

Estamos lejos de la perspectiva marxista de la historia que dialécticamente progresa hacia un ideal irrealizable, puramente material, y de una concepción talvez demasiado idealista teilhardiana. El amor paterno es fuerte y exigente y no se puede reducir a un falso paternalismo, que sustituya la acción humana, o que trabaje con ella paralelamente con un dualismo maniqueo. Pero ese amor es al mismo tiempo tierno e insondable, que saca bien del mal humano y que ha llegado hasta darnos a su Unigénito. Tenemos que rechazar las dos caricaturas de Dios: El Dios tapahuecos, y el Dios tirano, para hallar el rostro verdadero del Padre que hace salir el sol sobre buenos y malos y que actúa desde dentro de la libertad humana, sin forzarla, para realizar su designio de amor. Esa acción amorosa del Dios unitrino en la historia, por ser acción espiritualizadora y santificadora, corresponde, en último término, al Espíritu de Santidad.

Cristo. Como dijimos arriba, la encarnación del Hijo es obra del poder del Padre en el amor del Espíritu: "El Espíritu Santo vendrá sobre tí (María) y el poder del Altísimo (el Padre) te cubrirá con su sombra" (Lc 1,35). Así como el comienzo de la vida terrestre de Cristo es obra del poder del Padre en el Amor, como proyección de la generación eterna, su vida de crecimiento y dinamismo plenamente humano sin dejar de ser plenamente Dios, se debió a que en Él reposó en forma permanente y no transitoria, como en los profetas, el Espíritu de vida y de amor. El Espíritu quedó liberado al morir el Hijo, como fuente de agua salida del Costado de Cristo muerto (Jn 19,34; cf Hb 7,37), para entregarlo de nuevo en las manos poderosas del Padre (Lc 23,46), quien se lo devolverá para una nueva vida. La resurrección del Hijo a una nueva vida gloriosa y escatológica, es decir irreversible, la realiza el Padre por el don del Espíritu dado ya en forma plena, al ter-

minar la etapa kenótica de su vida, y quedando capacitado para darlo también en forma de torrentes de vida eterna (Hech 2,33 y Jn 7,37; Ap. 22,1).

Iglesia. Así como podemos distinguir, sin separar, al Jesús histórico humillado y al Cristo glorioso de la fe, podemos también hablar de dos etapas en la acción del Espíritu. En la historia de Israel y durante la vida histórica de Jesús, se podría hablar de ocultamiento del Espíritu. Con la Pascua el Espíritu aparece como el principio arrollador de una nueva vida; la experiencia pascual que estremeció a la primitiva Iglesia, no fue sólo la vivencia del Resucitado sentida profundamente, sino la experiencia del Espíritu del Resucitado, más íntima y activa que la primera, que completaba la obra empezada por Cristo. Esa experiencia del Espíritu, hizo que las palabras del Jesús histórico no fueran palabras de un muerto, sino palabras llenas de vida. Hizo además que el perdón de los pecados, iniciado por Jesús, se convirtiera en una plena realidad: "Recibid el Espíritu Santo, a quienes perdonéis los pecados, les quedarán perdonados" (Jn 20,22). La muerte de Cristo fue entendida en el Espíritu, no como una derrota, sino como fuente de vida. La fe en Jesús como "el Señor" se debió a la acción del Espíritu: "Nadie puede decir Jesús es el Señor, sino por el influjo del Espíritu Santo" (1 Co, 12,3). Y el Espíritu dado en la Pascua es el que nos hace verdaderos hijos de Dios: "La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama Abba Padre!" (Gal 4,6).

Si lo más propio de Cristo es ser Hijo, concepto o mejor realidad más profunda y bíblica que Logos o Mesías, lo más profundo e íntimo de su obra es hacernos hijos del Padre; esa filiación adoptiva, inmensamente superior a la filiación adop-

tiva humana, que es exterior y jurídica, pero sin verdadera comunicación de la propia vida del adoptante, expresa la esencia de la salvación, mejor que las metáforas de redención, satisfacción, etc. Y como la filiación eterna del Hijo sólo se puede realizar en el Espíritu Santo, la filiación temporal y participada nuestra, no tiene sentido sin la participación del Amor personal divino.

Según S. Pablo la acción del Espíritu es personal al hacernos hijos de Dios, pero también comunitaria o eclesial; es su doctrina de la Iglesia como Cuerpo de Cristo (nunca dice cuerpo místico), el cual está animado e impregnado del Espíritu: "Porque todos hemos sido bautizados en un solo Espíritu, para no formar más que un cuerpo, judíos y griegos, esclavos y libres. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu" (1 Cor 12,13). Si para Juan, Cristo es el Unigénito del Padre, para Pablo es el primogénito entre muchos hermanos. Bien dice el P. Congar: "El motor, el animador de todo lo que se ha hecho de santo desde Jesucristo, es el Espíritu Santo" (8).

Las notas de la Iglesia: una, santa, católica y apostólica, hay que entenderlas en el Espíritu, para no quedarnos en lo exterior y jurídico. Así, por ejemplo, la unidad que es la nota fundamental, no es sólo una unidad material y estática de miembros bajo una autoridad, sino que es un hecho divino, cumplido por el Espíritu Santo en forma dinámica, por el cual quedan unidos la Cabeza y los miembros, el elemento divino y el elemento frágil y humano de la Iglesia; la predicación y los sacramentos; la autoridad y el carisma; la revelación y la tradición.

Lo mismo podríamos decir de las otras tres notas, que si se explican en un sentido material y jurista únicamente, como las presentaba la antigua apologética ha-

(8) Y. M. Congar, *Pentecostés* (Ed. Estela, Barcelona, 1961) p 22.

rían de la Iglesia, una Iglesia "secundum carnem" y no "secundum spiritum", reprochada por Pablo a los Gálatas.

Si pasamos a los sacramentos de la Iglesia desde una perspectiva pneumatológica, creenos que en todos ellos, pero sobretodo en los tres sacramentos de iniciación, bautismo, confirmación y eucaristía, se debe complementar el aspecto cristocéntrico, demasiado marcado en la teología latina, con el pneumático de los orientales, para hallar en ellos todo su gran sentido cristiano. En Oriente, como lo demuestran sus múltiples anáforas, los escritos de los Padres, la tradición viva de sus iglesias, el Espíritu tiene una acción esencial en estos tres sacramentos. Las tres epiclesis o invocaciones del Espíritu Santo sobre el agua, el myron o crisma y las especies eucarísticas, idénticas en su fondo, indican esta acción del Espíritu, que complementa la de Cristo. Una antigua anáfora antioquina dice así: "Qué terrible es esta hora y qué temible este momento, amadísimos, en el que el Espíritu Santo viene de las sublimes esferas celestiales, desciende sobre esta eucaristía (o sobre estas aguas para el bautismo, o sobre este -oleo para la confirmación) y la consagra. Estad correctamente y orad en silencio". Esta orientación pneumática

le da unidad a todos los sacramentos, los saca de su aspecto demasiado cristocéntrico, y los desvincula de formas aristotélicas, hoy incomprensibles (materia y forma, ex opere operato, etc) por lo menos para la mayoría de los cristianos, y le dan al Espíritu Santo su verdadera función de completar la obra de Cristo.

No podemos seguir explicando todos los aspectos de esta teología en el Espíritu Santo y sus consecuencias ecuménicas, pastorales, espirituales, pero creemos que ella presenta mejor que la teología escolástica, y que la cristocéntrica exagerada de un Barth, la relación esencial Cristo-Espíritu-Iglesia, eminentemente bíblica y base para una comprensión entre las Iglesias cristianas.

Para terminar, nos atrevemos a presentar un conato de definición de la Iglesia de Cristo, como la sintió y vivió la primera generación cristiana, antes de que las necesidades de los tiempos, y con fundamento en las palabras del Jesús histórico, se presentara como sociedad organizada y jerárquica. La Iglesia en este sentido primigenio, podríamos decir que es "una comunidad de hermanos en el Hijo, guiados por El, en el Espíritu Santo hacia el Padre".